Hoja Obrera

ORGANO DE LA "SOCIEDAD DE TRABAJADORES"
Y DEFENSORA DE LOS DERECHOS DEL PUEBLO

Sale los domingos | San José, Costa Rica, domingo 30 de enero de 1910. | Año I—No. 16

EDITORES:
J. Elías Hernández
José Mª Jiménez
ADMINISTRADOR,
Gregorio Soto Q.

Oficina: Avenida Central, casa de don Rafael Acuña, Cuesta de Moras.
Suscrición mensual ..... ₡ 0-25
Avisos, precio convencional.
TIRAJE*: 3.000 *EJEMPLARES
Dirijase la correspondencia al apartado 270.

Nuestra Municipalidad

Fueron días fatales para los pobres inquilinos de los alrededores del Mercado desde que se aproximaba la fecha del vencimiento del contrato. Todos los comerciantes se pasaban en conjeturas sobre la suerte que les tocaría cuando la Municipalidad recibiera dicho edificio. Entre los comerciantes de las conjeturas hay bastantes que son electores quienes manifestaban que de ellos dependía grandemente el elegir una Municipalidad que respondiera á las aspiraciones del Partido Republicano y su Programa. Hoy están viendo que por obedecer á un Jefe poco discreto y amigo de imponer su voluntad tienen que sufrir las consecuencias de la tiranía de una Municipalidad imprevisora y *gorrona*. Parece imposible que ésta, que es la hechura de un Jefe, no se preocupe en practicar lo que tantas veces criticaron y combatieron muchos de sus miembros, tanto en la tribuna como en las plazas y clubs. Esta conducta es sumamente censurable, y nosotros, desde las columnas de esta hoja, hacemos responsables á la electoral por sumisa, á los mentores y á muchos interesados en sacar la papeleta confeccionada por el Jefe para favorecer á sus amigos á costillas del pueblo que ha servido de escala por tantos años; y á esa escala toda floja y enclenque no tratan de componerle el detorioro que las suelas de tanto *chancludo* le han ocasionado.

Estaban los comerciantes en la firme convicción de que en cuanto la Municipalidad tuviera el Mercado por su cuenta era de esperarse una rebaja de los elevadísimos precios que pagaban porque no era de suponerse, ni por un momento, que nuestro Ayuntamiento estuviera integrado de usureros; eso jamás les pasó por la imaginación. Hoy, qué pasa? No es posible figurarse que cuando el simple sentido común marca con los rasgos más tristes la difícil situación del pueblo que muere más de hambre que de enfermedades, y es de admirar que habiendo galenos en la Municipalidad, éstos no hablen ni hagan comprender que el aumento ya en alquileres ó en impuestos es acabar de matar por hambre al consumidor, que es el pobre. Recuerdo en estos momentos un cuento de una hojilla de almanaque que viene como pedrada en ojo de un tuerto con motivo del acuerdo del aumento del 10 por ciento á los locales del Mercado. Una señora en estado interesante se antojó de comerse un carraco. Da la casualidad ó Dios, que según dicen es muy grande—cosa que algunos creen poder medir—que salió la señora á la puerta y miró al lado norte. ¡Cuál no sería su alegría al ver uno de esos señores que aprovechan, cual los armadillos, los resplandores de la luna que venía con un palo al hombro y en un extremo colgaba una sarta de pollos y el otro una de carracos. Salió la señora y escogió uno un poco pichón y le preguntó al nocturno cuánto valía. Él le dijo: dos colones.—¡Hijo de Dios, qué barbaridad, tan caro!—Nó, señora, no es caro: es que es un *capón*.—¡Cómo capón?—Sí, señora, usted come capón.—Usted no me entiende, señor. Le pregunto qué es capón.—Ah! vea, eso no puedo decirle pero su esposo se lo dirá; lo que le aseguro es que es capón; es la mejor comida y estoy seguro que le gustará, tanto á usted como á su esposo.—Bueno, suéltelo.

Entregó los dos colones y lo llevó á la cocina amarrándolo á la pata de una mesa donde quedó el pobre capón echado de panza.

La cocinera andaba de seguro paseando ó viéndose con sus *jalones* que eran un policía y un sargento de infantería. Al fin llegó, y no se había quitado el pañolón cuando la señora le dijo: Mira, Expedita, en la cocina está un *carraquito* corronguísimo. Me lo vendieron muy caro porque dijo el hombre que era capón.—Ay! señora, cualquiera cosa que pagó es nada; verá que en su vida no ha comido cosa mejor que el capón, y se lo voy á hacer *sudado* con las dos salsas aquellas que le gustan tanto á usted.—Bueno, Expedita, mañana lo arreglas para almorzar.

Al día siguiente la cocinera alistó las dos salsas. Al concluir, preguntó al capón: En cuál de estas dos salsas quieres que te fría? El pobre capón levantó el pico y bostezó.—Yó no quiero ser frito en ninguna salsa, contestó, quiero seguir como he estado.—Pues es que en cualquiera de ellas tienes que ser frito, dijo la cocinera.—Al oir el carraco esa horrible sentencia exclamó: Hágase tu voluntad así en la tierra como en la cazuela —

Expedita lo cogió entre sus piernas, con la mano izquierda lo tomó de las patas y con la derecha lo cogió de la cabeza y se la dobló y jaló fuertemente; traqueó el pescuezo del pobre capón: ya estaba matado y sólo batía las alas.

Las dos salsas municipales son: pagar diez por ciento más ó rematar los locales ó el edificio. A los pobres comerciantes les tocó la suerte del carraco capón.

Jamás se podía snponer que una compañía anónima fuera más favorable al pueblo que su propio gobierno local. Ya lo sabe la electoral por aquello del *gato escaldado*....

Se nos dirá que para el Municipio es difícil la administración. Esto es un gran error. ¿Cómo no fué difícil para la Compañía? Ah! No recordábamos que hubieron trabajos para poner ciertos regidores, quienes eran indispen-

Este documento es propiedad de la Biblioteca Nacional "Miguel Obregón Lizano" del Sistema Nacional de Bibliotecas del Ministerio de Cultura y Juventud, Costa Rica.